

Capítulo 21

DIOS ES SANTO.

Gloria a Dios en las alturas. Te alabamos, te bendecimos, te adoramos por tu inmensa gloria. Señor, he expresado lo que no he entendido; cosas demasiado maravillosas para mí, que desconocía. He escuchado sobre ti con mis oídos, pero ahora mis ojos te ven, y me aborrezco a mí mismo en medio del polvo y las cenizas. Señor, me voy a tapar la boca con la mano. He hablado una vez; sí, he hablado dos, pero no seguiré adelante. Pero mientras estaba meditando, ardió el fuego. Señor, tengo que hablar de ti, no sea que con mi silencio peque contra la generación de tus hijos. He aquí que tú has escogido las cosas necias del mundo para confundir a los sabios, y las cosas débiles del mundo para confundir a los poderosos. Señor, no me abandones. Deja que les muestre tu fortaleza a esta generación y tu poder a todos los que han de venir. Levanta en tu Iglesia profetas y videntes que magnifiquen tu gloria, y que por medio de tu Espíritu todopoderoso, restauren en tu pueblo el conocimiento del Dios santo. Amén.

La sacudida moral que sufrimos por causa de nuestro fuerte rompimiento con la exaltada voluntad de los cielos nos ha dejado a todos con un trauma permanente que afecta a todas las partes de nuestra naturaleza. Hay enfermedad, tanto en nosotros mismos, como en nuestro ambiente. La comprensión repentina de su propia depravación moral cayó como un rayo del cielo sobre el tembloroso corazón de Isaías en el momento en que tuvo su revolucionaria visión de la santidad de Dios.

Su angustioso grito, “¡Ay de mí! que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”, expresa el sentimiento de todo hombre que se ha descubierto a sí mismo debajo de sus disfraces, y ha sido enfrentado con una visión interna de la santa albura que es Dios.

Una experiencia así no puede dejar de ser emocionalmente violenta. Mientras no nos hayamos visto tal como nos ve Dios, no es probable que nos sintamos muy perturbados por las condiciones que nos rodean, con tal que no se nos vayan tanto de la mano, que amenacen nuestra cómoda manera de vivir. Hemos aprendido a convivir con la falta de santidad, y hemos llegado a mirarla como la cosa más natural y esperada.

No nos desilusiona el no encontrar toda la verdad en nuestros maestros, o la fidelidad en nuestros políticos, o la honradez total en nuestros mercaderes, o la fidelidad plena en nuestros amigos. Para poder seguir existiendo, hacemos cuantas leyes sean necesarias para protegernos de los demás hombres, y dejamos que las cosas sigan adelante.

Ni el que escribe estas palabras, ni el que las lee, están calificados para valorar la santidad de Dios. Es un canal realmente nuevo el que hay que abrir en medio del desierto de nuestra mente para permitir que fluyan hacia ella las dulces aguas de la verdad y sanen nuestra gran enfermedad. No podemos captar el verdadero significado de la santidad divina a base de pensar en alguien o algo muy puro, y después elevar el concepto al grado más alto del que somos capaces. La santidad de Dios no consiste solamente en lo mejor que conocemos, mejorado al infinito. Nosotros no conocemos nada semejante a la santidad divina. Ésta permanece aparte, exclusiva, inabordable, incomprensible e inalcanzable. El hombre natural está ciego con respecto a ella. Aunque tema el poder de Dios y admire su sabiduría, no se puede imaginar siquiera su santidad.

*Así dice el Señor, tu Redentor, el Santo de Israel:
«Yo soy el Señor tu Dios, que te enseña lo que te conviene, que te guía por el camino en que debes andar. Si hubieras prestado atención a mis mandamientos, tu paz habría sido como un río; tu justicia, como las olas del mar.
Isaías 48:17-18*

Sólo el Espíritu del Santo le puede impartir al espíritu humano el conocimiento del Dios santo. Con todo, así como el fluido eléctrico sólo se mueve a través de un conductor, también el Espíritu se mueve a través de la verdad, y debe hallar cierta medida de verdad en la mente antes de poder iluminar al corazón. La fe despierta al oír la voz de la verdad, pero no responde a ningún otro sonido. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios.”

El conocimiento teológico es el medio a través del cual el Espíritu penetra en el corazón humano, pero tiene que haber humilde penitencia en el corazón antes que la verdad pueda producir fe. El Espíritu de Dios es el Espíritu de verdad. Es posible tener alguna verdad en la mente sin tener al Espíritu en el corazón, pero nunca es posible tener al Espíritu sin tenerla verdad.

En su profundo estudio sobre el Santo, Rudolf Otto defiende fuertemente la presencia en la mente humana de algo que él llama lo “numinasso”, palabra con la cual, al parecer, designa un sentido de que hay en el mundo un Algo vago e incomprensible, el *Mysterium Tremendum*, el Misterio terrible, que rodea y envuelve al universo. Es un Ello, una Cosa asombrosa, y nunca se le puede concebir intelectualmente, sino sólo sentir y palpar en las profundidades del espíritu humano. Es un instinto religioso permanente, un buscar esa Presencia indescubrible e innombrable que “corre como el azogue por las venas de la creación” y algunas veces aturde la mente al enfrentarla con una manifestación sobrenatural y superracional de sí mismo.

El hombre que es confrontado así queda derrumbado y desbordado, y sólo puede temblar y quedar en silencio. Este temor irracional, esta sensación de que existe en el mundo un Misterio increado, se halla en el fondo de toda religión. La religión pura de la Biblia, no menos que el más bajo animismo del desnudo hombre tribal, sólo existe porque este instinto básico está presente en la naturaleza humana. Por supuesto, la diferencia entre la religión de un Isaías o de un Pablo y la de un animista es que la una tiene la verdad, mientras que la otra no; él sólo tiene ese instinto “numinoso”.

Está “palpando a ciegas” en busca de un Dios desconocido, mientras que un Isaías y un Pablo han hallado al Dios verdadero por medio de la revelación que Éste ha hecho de sí en las Escrituras inspiradas. La búsqueda del misterio, incluso del Gran Misterio, es fundamental en la naturaleza humana, e indispensable para la fe religiosa, pero no es suficiente. Por causa de ella, los hombres podrán susurrar: “Esa Cosa terrible”, pero no pueden clamar: “¡Santo mío!”

En las Escrituras hebreas y cristianas, Dios lleva adelante su autorrevelación y le da personalidad y contenido moral. En ellas se muestra que esta abrumadora Presencia no es una Cosa, sino un Ser moral, con todas las cálidas cualidades de la personalidad genuina. Más que esto, Él es la quintaesencia absoluta de la perfección moral, infinitamente perfecto en su justicia, pureza, rectitud e incomprensible santidad.

Y en todo esto, Él es increado, autosuficiente, y se halla fuera del poder del pensamiento humano para concebirlo o del habla humana para expresarlo. A través de la autorrevelación de Dios en las Escrituras, y de la iluminación del Espíritu Santo, el cristiano lo gana todo y no pierde nada.

A su idea de Dios se unen los conceptos gemelos de personalidad y de carácter moral, pero permanece la sensación original de asombro y temor en la presencia del Misterio que llena todo el mundo. Hoy, su corazón puede saltar con el alegre grito de “¡Abbá, Padre, mi Señor y mi Dios!” Mañana, puede arrodillarse con tembloroso deleite a admirar y adorar al Alto y Sublime que habita en la eternidad. Santo es la forma en que Dios es. Para ser santo, Él no se conforma a unas normas. Él mismo es la norma.

Él es el absolutamente santo, con una plenitud incomprensible e infinita de pureza que es incapaz de ser distinta a como es. Porque Él es santo, sus atributos son santos; es decir, que cuanto pensemos como perteneciente a Dios, debemos pensarlo como santo.

Vi al Señor excelso y sublime, sentado en un trono; las orlas de su manto llenaban el templo. Por encima de él había serafines, cada uno de los cuales tenía seis alas: con dos de ellas se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y se decían el uno al otro: «Santo, santo, santo es el Señor Todopoderoso; toda la tierra está llena de su gloria».
Isaías 6:1-3

Dios es santo, y ha hecho de la santidad la condición moral necesaria para la salud de su universo. La presencia temporal del pecado en el mundo sólo sirve para acentuar esto. Cuanto sea santo, es sano; el mal es una enfermedad moral que debe terminar finalmente en la muerte. Puesto que la primera preocupación de Dios con respecto a su universo es su salud moral, esto es, su santidad, todo cuanto sea contrario a ella se halla obligatoriamente bajo su eterno desagrado. Para conservar a su creación, Dios debe destruir todo cuanto quiera destruirla.

Cuando se levanta a destruir la iniquidad y salvar al mundo de un colapso moral irreparable, se dice que está airado. Todo juicio de ira en la historia del mundo ha sido un acto santo de conservación. La santidad de Dios, la ira de Dios y la salud de la creación están unidas de manera inseparable. La ira de Dios es su intolerancia absoluta ante todo cuanto degrade o destruya. Él odia la iniquidad, como una madre odia la poliomielitis que le arrebatara la vida de su hijo.

Dios es santo con una santidad absoluta que no conoce grados, y esto no se lo puede impartir a sus criaturas. En cambio, hay una santidad relativa y contingente que comparte con los ángeles y los serafines del cielo, y con los hombres redimidos de la tierra, como forma de prepararlos para el cielo.

Como hijos obedientes, no se amolden a los malos deseos que tenían antes, cuando vivían en la ignorancia. Más bien, sean ustedes santos en todo lo que hagan, como también es santo quien los llamó; pues está escrito: «Sean santos, porque yo soy santo».
1 Pedro 1:14-16

Esta santidad Dios se la puede impartir a sus hijos, y así lo hace. La comparte con ellos por atribución y por impartición, y porque la ha puesto a disposición de ellos por medio de la sangre del Cordero, se la puede exigir. Él le habló primero a Israel y después a la Iglesia, diciendo: “Seréis santos, porque yo soy santo.” No les dijo: “Sed tan santos como yo lo soy”, porque eso habría sido exigir de nosotros una santidad absoluta, algo que le pertenece sólo a Él. Ante el fuego increado de la santidad de Dios, los ángeles se cubren el rostro. Sí, los cielos no son limpios, ni las estrellas puras ante su presencia.

Ningún hombre sincero puede decir: “Yo soy santo”, pero tampoco está dispuesto ningún hombre sincero a pasar por alto las solemnes palabras del autor inspirado: “Seguid la paz con todos, y la santidad, sin, la cual nadie verá al Señor,” Atrapados en este dilema, ¿qué hemos de hacer los cristianos? Debemos cubrirnos como Moisés de fe y humildad mientras lanzamos una rápida mirada al Dios al que ningún hombre puede ver y seguir vivo.

Él no despreciará el corazón contrito y humillado. Debemos esconder nuestra falta de santidad en las heridas de Cristo, tal como Moisés se escondió en el hueco de la roca mientras pasaba junto a él la gloria de Dios. Debemos tomar refugio de Dios en Dios mismo. Sobre todo, debemos creer que Dios nos ve perfectos en su Hijo, al mismo tiempo que nos disciplina, castiga y purifica para que podamos ser partícipes de su santidad.

A base de fe y obediencia, de una meditación constante sobre la santidad de Dios, del amor a la justicia y el odio a la iniquidad, de una familiaridad creciente con el Espíritu de santidad, nos podemos aclimatar a la comunión de los santos en la tierra y prepararnos a la vida eterna en compañía de Dios y de los santos en lo alto. Así, como dicen cuando se reúnen los creyentes humildes, tendremos un cielo donde ir para vivir en el cielo.

*Cuán temibles son tus años eternos, oh Señor eterno,
adorado día y noche por espíritus postrados ante ti.
Qué hermoso, qué hermoso debe ser el verte,
y ver tu sabiduría sin fin, tu poder sin límites y tu grandiosa pureza.
Cuánto te temo, Dios viviente, con el temor más profundo y tierno,
y te adoro con temblorosa esperanza y lágrimas de arrepentimiento.*
Frederick W. Faber